

LA VILLA ROMANA DE "EL SANTISCAL" (CADIZ)

Luis de Mora-Figueroa

Los restos de la villa se encuentran en la provincia de Cádiz, término municipal de Arcos de la Frontera, de cuya ciudad dista cuatro kilómetros en línea recta¹, al N.E. Se hayan enclavados en la margen izquierda del Guadalete², en tierras de un cortijo llamado «El Santiscal», propiedad de los marqueses de Méritos³. So-

1. Arcos de la Frontera. Hoja 1049, Instituto Geográfico y Catastral, Escala 1:50.000, año 1917. Servicio Geográfico del Ejército, Escala 1:25.000, año 1966. Coordenadas: 36°05'00"LN y 2°05'00"LW. Teniendo en cuenta los acantilados y las revueltas del río, el camino más corto tiene unos seis kilómetros. La ciudad de Arcos de la Frontera plantea grandes problemas a la hora de especificar su calidad jurídica y toponimia en época hispano-romana. En la ya vieja discusión sobre su condición de Colonia o Municipio, se basan ambos argumentos en dos testimonios epigráficos de dudoso valor. Su, al parecer, primitiva condición parte del hallazgo, el 15 de febrero de 1764, en los cimientos de la iglesia de Santa María la Mayor, de una peana o ara que, carente de toda alusión geográfica, se dedica al Genio del Municipio. De dónde procedía cuando fue colocada en los cimientos, es algo que probablemente nunca sabremos. Los partidarios de considerarla Colonia esgrimen como prueba la lápida hundida en los cimientos de la Giralda y dedicada a Sexto Julio Possesor, quien entre otros muchos títulos ostentaba el de «Curatori Coloniae Arcensium». Por ahora, esta última prueba debe ser considerada como una mera coincidencia fonética, ya que en primer lugar ignoramos el nombre latino de Arcos.

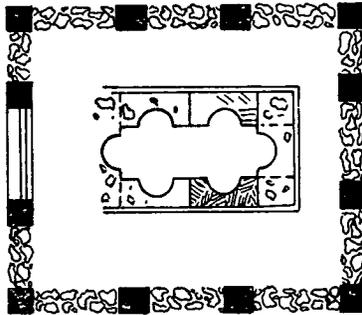
Una completa bibliografía sobre la polémica desde el fantasmagórico Anno de Viterbo, del XV, al no menos Fray Pedro Mariscal, del XVIII, en José y Jesús de las Cuevas. «Arcos de la Frontera», Cádiz-1968.

2. En la actualidad (1968) se remansa el río en un embalse de nivel constante de 14.000.000 de metros cúbicos de capacidad, perteneciente a la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Como después se verá, dicho embalse afectó a un pequeño manantial romano inmediato a la villa.

3. En cuya familia permanece desde 1485. Sobre la etimología del nombre Santiscal-ar es poco lo que se puede decir. Al menos desde el siglo XV figura con tal nombre, aunque terminado en «r». El sufijo «iscal-ar» no es nuevo. Por ejemplo, en el Repartimiento de Sevilla del XIII hay una Villanueva del Aliscar o Ariscar, y en otros lugares de la zona existen to-

bre un otero, a unos doscientos metros del viejo cauce y a unos veintidós sobre sus aguas, afloran en la superficie los restos de la mencionada villa. Se encuentra flanqueada hacia Levante por los montes del Santiscal y de Barranco, de unos doscientos cincuenta metros por término medio.

Las primeras noticias que de estas ruinas poseemos datan de fines del siglo pasado, en que el Presbítero Don Victorio Molina⁴ descubrió a un metro de profundidad un mosaico de 2,60 por 2,10, policromo y de tema geométrico (lám. XIX). En breves excavaciones practicadas entonces por el erudito local don Miguel Mancheño aparecieron otros cuatro pavimentos de mosaico y uno de grandes baldosas cuadradas. Anteriormente, hacia 1880, se habían encon-



Casa de los dos lagares.
Volubilis. Según R. Etienne.

Fig. 1.

pónimos como «Torbiscal», «Lentiscal», etc. Anterior aún recordemos a Arbiscar, caballero celtíbero de la Turma Salluitana, a quien Cneo Pompeyo Estrabón concede por méritos de guerra, junto con otros camaradas, la ciudadanía romana el 18 de noviembre de 90 a. de C. (E. Pais, «Il decreto di Gneo Pompeio Strabone sulla cittadinanza romana dei cavalieri ispani», vol. I, pp. 169 y sgs., en *Ricerche sulla storia e sul diritto romano. Dalle guerre puniche a Cesare Augusto*, Roma-Nardecchia, 1918.) Este mismo sufijo «iskar» nos lo encontramos como quinto vocablo de la cara A del plomo de Liria. [Vide J. Maluquer de Motes, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Inst. de Arq. y Preht., Barcelona 1968, p. 131 (227), 132 (fig.).] También aparece en Córdoba (término municipal de Baena), en Jaén (Tiscar), en Valladolid (Iscar), etc. Más adelante veremos un nuevo enfoque de la cuestión al hablar de los restos visigodos inmediatos a la villa.

(4) Miguel Mancheño y Olivares, *Antigüedades del Partido Judicial de Arcos de la Frontera*, Arcos 1901, pp. 68-72 (35). El mosaico fue extraído por don Francisco A. de Vera, conservador del Museo Arqueológico de Cádiz, y trasladado a dicho centro, donde en la actualidad, al parecer, ignoran su paradero.

trado en las inmediaciones unas ocho sepulturas, al parecer con inscripciones, que fueron vueltas a enterrar. Diez años más tarde⁵, el 23 de abril de 1890, otra del siglo VI, de la que se tratará más adelante. A principios de siglo, la condesa de Lebrija, conocida por su colección de piezas de Itálica, manifestó su intención de realizar excavaciones en este lugar, pero no sabemos si se llegaron a efectuar. Alrededor de 1930 llevó a cabo algunas prospecciones en estas ruinas doña Violeta Buck de Riddell, descubriendo y fotografiando diversas partes de las mismas. En los últimos diez años la situación ha cambiado profundamente; el olivar ha pasado a ser tierra de labor, un profundo canal ha cruzado los bordes de la villa y una urbanización muy próxima ha traído su secuela de visitas inevitables, afectándola a pesar de las medidas adoptadas.

El campo de ruinas actualmente visible está compuesto de un núcleo principal donde se encuentran el peristilo, el frigidarium, etcétera, con una extensión aproximada de cuarenta y seis metros por veinte, sobre una loma con cota de ochenta y cinco metros; de un punto de aguada a unos doscientos metros de distancia y veinte de desnivel, y, por último, una conducción hidráulica subterránea que se dirige a la villa desde el S.E. (fig. 2).

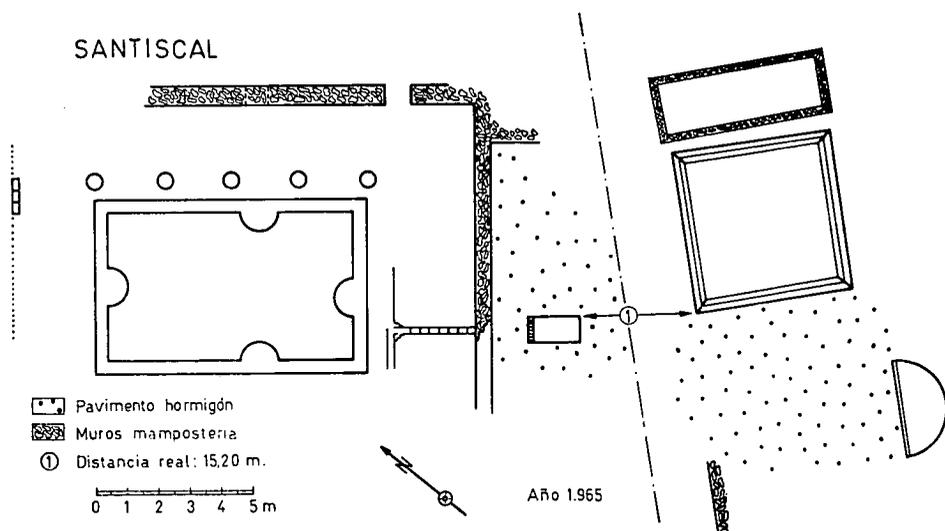


Fig. 2.—Croquis del campo de ruinas actualmente visible.

5. *Ibíd.*, Mancheño y Olivares, pp. 125 y sgs.

El primer grupo, el principal, gira entorno al peristilo compuesto por los siguientes elementos: un parterre central de 7,36 por 4,50 metros rodeado de un canal de 0,43 metros de anchura media y 0,32 de profundidad, que forma un entrante semicircular de unos 0,60 metros de radio en cada uno de los lados del parterre que, a modo de isla, figura en el centro⁶. Es de hormigón impermeabilizado. En el borde N.E. del canalillo, por su parte exterior, se alinean, enterradas al nivel del pavimento de mosaicos, cinco grandes piedras calizas separadas entre sí 1,70 metros, probable base de las columnas o pilares que sostenían el alero del tejado que, cubriendo la crujía circundante, goteaba en el canal (lám. XX a). La anchura de este pasillo porticado es variable, pues mientras el lado de las basas conservadas apenas si alcanza los dos metros, el de la cisterna tiene 2,65. Estas fauces están pavimentadas de mosaico y atravesando un muro de 0,65 metros de grueso, va a morrededor se abren diversos cubículos, algunos pavimentados de opus sectile. El rebosadero del pequeño canal debía estar en su esquina sur, de donde hoy arranca una tubería de barro enterrada y cubierta con una hilera de ladrillos que, cruzando el pavimento de mosaico y atravesando un muro de 0,65 metros de grueso, va a morir en una pequeña cisterna inmediata. Al S.E. de este muro no vuelven a verse pavimentos de opus tesellatum, que son substituidos por otros de recio hormigón.

La cisterna tiene una boca de 0,75 por 1,51 metros, planta también rectangular y de las mismas dimensiones y 4,20 metros de profundidad. Los ángulos del fondo están matados por bordones de sección trapezoidal que impiden las filtraciones y permiten apurar el líquido. Sus muros de contención son de gruesos ladrillos y están enlucidos interiormente por una capa de hormigón testáceo de tres centímetros de espesor. No tiene actualmente visi-

6. No es nuevo este tipo de peristilo con parterre lobulado, y lo encontramos en Volúbilis bastante semejante. (Cf. Robert Etienne, *Le Quartier Nord-Est de Volubilis*, París 1960, volumen I, pp. 122 y sgs., n. 1, vol. II: planos números 1, 11, 17, IV, V, XIII al XVI, XLVI figura 2, LXII fig. 1, LXVII fig. 1, etc.) (También vide Grimat, *Revue des Etudes Anciennes*, 1948, p. 395.) Respecto a las estructuras semicirculares del peristilo sur del palacio de Domiciano, sobre el Palatino: H. Kähler, *Hadrian und sein villa bei Tivoli*, Berlín 1950, pp. 101 y sgs., 105 y sgs., 120 y sgs. Para reproducciones: H. Kähler, *Rome et son Empire*, París 1963, página 101, fig. 23, p. 102. No obstante se trata de ejemplares de cronología más alta. Más próximos en el tiempo y en el espacio son los paralelos que se podrían trazar con el urbanismo de Itálica, que presenta igualmente este tipo de parterre de planta lobulada con canal circundante. Respecto a los precedentes de Volúbilis, vide figura 1.

ble más entrada de agua que el rebosadero del canal del peristilo. Está rodeada del antedicho pavimento de hormigón.

A quince metros al S.E. de esta cisterna se encuentra un frigidarium cuadrangular de 4,8 metros de lado en su fondo y escalinatas en las cuatro vertientes, bordones semicirculares en las esquinas y pequeño desagüe o apuradero en la esquina S.S.E. (lámina XX b), lado por el que se encuentra rodeado por un pavimento de hormigón que se extiende hasta una pequeña piscina semicircular de tres metros de diámetro y dos altos y estrechos escalones en su lado recto. Esta última bien pudiera ser un caldarium o tepidarium⁷ (lám. XXI a). No se perciben evidencias de hipocausto. Contiguo a la grada septentrional de la piscina cuadrangular afloran los cimientos de una estancia rectangular de función desconocida. En diversos puntos de este núcleo central de ruinas aparecen muros de recias estructuras, especialmente en las proximidades del frigidarium, respondiendo quizá a una posible naturaleza termal.

En la margen izquierda del Guadalete, entre las cotas 65 y 66, se encuentran los restos de un manantial utilizado en época romana. Dista unos doscientos metros del cuerpo principal de ruinas, y aún mana en la actualidad, en que recibe el nombre de «el Chorrillo». Consta de un muro de contención muy grueso, que sostiene la empinada ladera, del cual surge una tubería de barro formada por husos enchufados (idénticos a los del rebosadero del peristilo), y de un pilón de 2,30 por 4,60 metros y 0,97 de profundidad. El muro exterior del depósito tiene 0,35 metros (fig. 3). Las modificaciones sufridas últimamente en la zona han afectado intensamente a este pequeño complejo hidráulico.

Al hacer la profunda trinchera para el canal de la central eléctrica de Tablellina, que afectaba a la zona meridional de la villa, sector de la piscina semicircular, se cortó una pequeña conducción de agua formada por imbrices invertidas y cubiertas de ladrillos (lám. XI b). Parece corresponder al suministro procedente de algún punto de la cercana sierra del Santiscal.

7. Existen paralelos bastante claros en la Cocosa y en Torre Llauder, aunque en ambos casos la concomitancias parecen mas bien el resultado de soluciones lógicas a problemas semejantes, sobre todo en una técnica tan uniforme, que de cualquier coincidencia cronológica. (Vide J. Serra Rafols, «La villa romana de la dehesa de la Cocosa», *Revista de Estudio Extremeños*, anejo 2. M. Ribas Bertrán, «La villa romana de la Torre Llauder de Mataró», *Exc. Arq. en España*, núm. 47, 1966, pp. 14 y 17, láms. XI y XIV.)

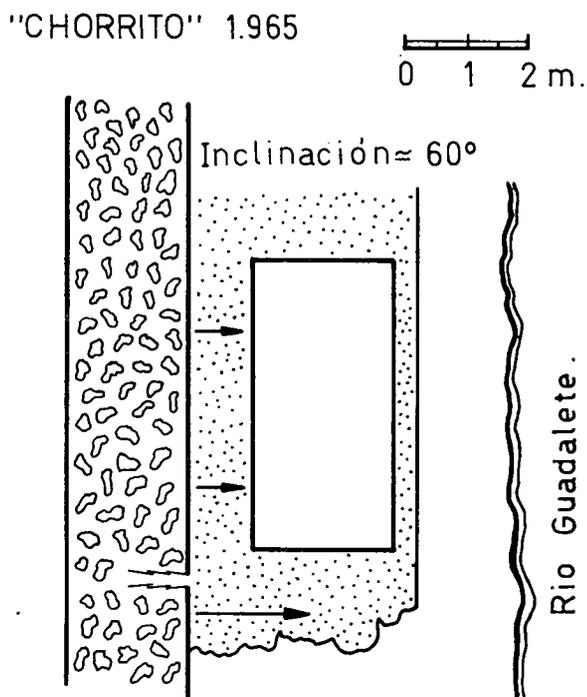


Fig. 3.—Croquis del manantial romano anejo a la villa.

Como es lógico los pavimentos constituyen la parte mejor conservada de la casa por su profundidad, junto con aljibes y atarjeas. Son de tres tipos: hormigón testáceo, mosaico opus tessellatum y mármoles en placas de opus sectile. De hormigón son los pavimentos que rodean al algibe, al frigidarium y al caldarium (?), de opus signinum hidráulico los canales del peristilo y los revestimientos de ambos baños. Este piso de hormigón quizá sirviera de base para una solería de mármol o ladrillo, aunque su superficie excesivamente lisa no lo hace suponer. Es posible que se trate simplemente de un pavimento más modesto para las zonas menos lujosas de la villa. Es un punto difícil de esclarecer hasta que no se excave por completo el recinto.

En cuanto a los mosaicos de pequeñas teselas, vamos a dividirlos en dos grupos, los que han desaparecido, pero poseemos

ilustraciones, y los que aún se conservan. Al primer grupo pertenece el mosaico extraído y conducido a Cádiz (lám. XIX), formado por ondas de peltas cruciformes y contrapuestas, trenzados, «nudos de Salomón», etc., algunos de cuyos motivos coinciden con otros actualmente conservados que después veremos. Las peltas constituyen un motivo musivario muy frecuente en el mundo romano⁸. Pero, sin duda, el gran mosaico de esta villa, hoy por desgracia perdido, es uno del cual sólo conservamos dos fotografías parciales harto deficientes (láms. XXI c y XXII; fig. 4) y el testimo-

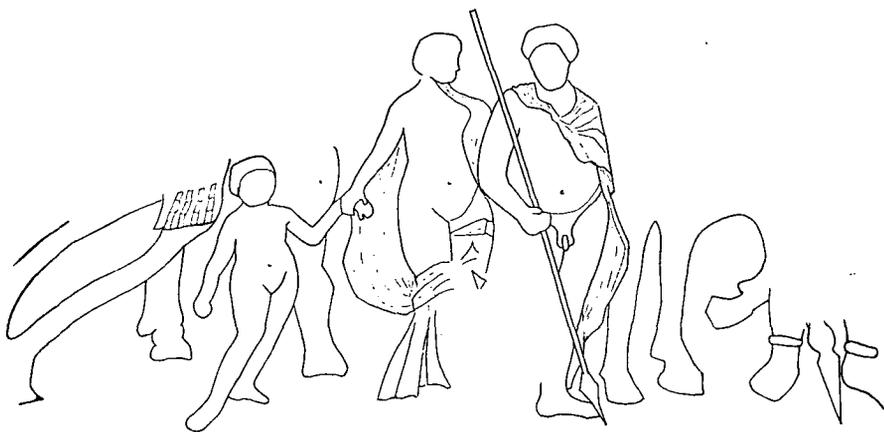


Fig. 4.—Croquis de la escena musivaria, hoy perdida.

nio de algunas personas que aún lo recuerdan. Representaba un hombre desnudo, de pie, armado de lanza que sostiene invertida con su brazo izquierdo. Junto a su costado aparecen los cuartos traseros de un caballo, bajo cuya panza asoman dos pies y tobillos masculinos y una punta de lanza también invertida. A su lado derecho se encuentra una mujer erguida, desnuda, cubiertas las rodillas con un embozo de manto, que retiene con su mano derecha

8. Cruciforme las encontramos en Louis Foucher, *Inventaire des mosaïques*, Tunis 1960. Peltas simples en R. P. Hinks, *Catalogue of the Greek, Etruscan and Roman Painting and Mosaics in the British Museum*, London 1933, p. 73, núm. 11, texto p. 72, núm. 11. Asimismo M. Fendri, *La mosaïque gréco-romaine*, Paris 1933, pp. 157 y sgs., figs. 15 y sgs. Djebel-Oust. Túnez. Paralelos todos ellos de cronología incierta y amplia.

la de un niño desnudo que permanece de pie en actitud expectante. Al fondo de estas figuras un confuso tejido de patas y piernas de difícil aclaración. Es probable que se trate de una escena de despedida marcial o cinegética. Bien pudiera ser Adonis, que armado con una lanza parte a la cacería fatal del jabalí, y se despide de Afrodita que toma de la mano a Eros, mientras un compañero de Adonis le aguarda con los caballos. Quizá se trate de una escena de la tragedia de Eurípides —hoy perdida— «Stheneboia». Como tema musivario es muy poco frecuente por las dificultades que entraña su composición, que requiere buenos cartones y expertos operarios. Sin embargo, recuerda otro aparecido en Antioquía (en el cuarto I de la «casa del suelo rojo»), pero su estructura artística es la de una escena teatral, con ausencia de caballos y acompañantes, y severo decorado⁹. Este mismo tema es más frecuente en escultura y pintura. Entre la primera podemos considerar al sarcófago del Museo Lateranense, en el que aparecen en sucesivas y recargadas escenas distintos momentos de la caza mortal de Adonis¹⁰. En pintura tenemos este episodio, por ejemplo, en los muros pompeyanos de la casa «delle Vestalli»¹¹. La anchura de caderas y la morbidez en las formas de las figuras de nuestro mosaico recuerda las nereidas que acompañan a Océano en el de la villa Possidica¹².

En cuanto a los mosaicos actualmente conservados, son todos de asunto geométrico. Aparecen en ellos estrellas de cuatro puntas conjugadas en torno a pequeños cuadrados, azuladas sobre fondo

9. Quizá recuerde también otro de la «casa del atrio», muy destruido, si bien es una escena más barroca, orlada y densamente poblada, y no coincide exactamente en su temática. (Vide Doro Levi, *Antioch Mosaic Pavements*, Oxford U. P., 1947, vol. I, p. 80, vol. II, XII-b, volumen III, p. 81, n. 87, p. 237, p. 194 f.)

10. Jacques Aymard, *Chasses Romaines*, París 1951, p. 520.

11. *Repertoire de Peintures Grecques et Romaines*, París, 1922, p. 65, III. Karl Schefold, *Die Wände Pompejis*, Berlín 1957, p. 91, R-76, pp. 303-316, VI.

12. Fechado por sus descubridores a mediados del siglo III, considerándolo estilísticamente post-severiano, apuntan, sin embargo, sus concomitancias con el mosaico de Thiasos de Lambese firmado por Aspasio, y datable a mediados del II. (Cf. R. Revilla Vielva, P. de Palol Salellas y A. Cuadrado Salas, «Excavaciones en la villa romana del cercado de San Isidro (Palencia)», *Exca. Arq. en España* 33 (1964), pp. 15 y sg., láms. VII y IX.

13. G. Becatti, *Scavi di Ostia, Mosaici e Pavimenti Marmorei*, Roma 1961, vol. IV, láminas XXX y XXXI. Carl H. Kraeling, *Ptolemais, city of the Libyan Pentapolis*, Univ. of Chicago Oriental Institute, vol. XC, 1962, lám. LVII, B-D. A. Kiss, *The Mosaic pavements of the R. V. at Balaca*, Acta Archaeológica. Academiae Scientiarum Hungaricae, vol. XI, Budapest 1959.

blanco; peltas enfrentadas formando círculos enmadejados en azul marino, rojo oscuro (fragmentos de «terra sigillata»), castaño claro y rosa, línea de peltas con cuadrado y aspás interiores, etc. (láminas XXIII y XXIV)¹⁴.

Los restos de mármoles aparecidos en la villa son de dos tipos. Unos corresponden a pavimentos de «opus sectile», los otros son fragmentos de placas mayores, más gruesos y de bordes informes, vestigios quizá de un «opus textorium» o de una solería de grandes losas. Al primer grupo pertenecen multitud de plaquitas de diversos mármoles hábilmente recortados y que ensamblados forman combinaciones geométricas. Aparecieron en las habitaciones del lado norte del peristilo. Pertenecen a siete clases de mármoles: gris-azulado, africano, cárdeno con vetas azuladas, «porta santa», rosa claro, castaño muy claro y «giallo antico». Su grosor oscila de 11 a 17 mm. Esparcidos por todo el recinto de la villa, especialmente por los alrededores del peristilo, aparecen otros fragmentos de 20 a 30 mm. de grosor por término medio; blancos, blancos veteados de azul, y rosados, con restos de la lechada de mortero adherida a una de sus caras. Constituye el segundo grupo de que se habló. Asimismo, un trozo mayor, de 60 mm. de grosor, rectangular, con una de sus caras finamente pulida, posiblemente parte de un peldaño. Quizá proceda de una cantera cercana¹⁵.

En cuanto a los estucos, en ningún caso han aparecido estos «in situ», sino diseminados por la zona de mosaicos, en general, en fragmentos pequeños. Los colores son azul pálido, blanco, ocre, castaño oscuro y amarillo. Suelen representar bandas y tondos monocromos, aunque también hay un fragmento con la cabeza de un pez y otros, al parecer, con flores. En cualquier caso son insuficientes para valorar con un mínimo de exactitud la extensión y calidad de la decoración de estucos que tuvo esta residencia. La destrucción de sus muros a partir del pavimento y la escasa potencia estratigráfica del yacimiento hacen poco probable la aparición en el futuro de mejores muestras de estos adornos, al menos dentro del área actualmente conocida.

Dispersos por el área de estas ruinas aparecen multitud de frag-

14. Conservado este último en la Colección de los Marqueses de Tamarón en el Castillo de Arcos de la Frontera.

15. Sierra de Valleja, a unos siete kilómetros al SSE de Arcos de la Frontera.

mentos cerámicos de diversos tipos, desde fina terra sigillata sudgálica hasta los grandes ladrillos y tégulas de excelente cochura. Entre la primera destacan fragmentos con decoración de ovas¹⁶, figuras circulares de probable índole hispánica, y una figura al parecer humana; también otra de finas paredes, rojo oscuro y satinado con palmas incisas, o tazas y cuenquecillos de perfil completo¹⁸. Sólo se pueden percibir tres marcas en la sigillata. La primera con las siglas SEC.NDI¹⁹, la segunda con el típico prefijo OF, pero sin indicación del taller por encontrarse fragmentada, y la última con las tres primeras letras: INT./, también partida (figura 5). Asimismo un trozo del «discus» de una lucerna con una cara en relieve, con los cabellos sueltos y un extraño signo en la frente. Una fíbula prende la clámide en el hombro izquierdo²⁰ (figura 6). Una vasija de barro blanco de 12 centímetros de altura con ambos extremos abiertos en forma de embudo (figura 7) pudiera ser una macetilla de trasplante. En definitiva, piezas pequeñas, ningún fragmento de grandes recipientes como ánforas o dolias, que es de imaginar que aparezcan cuando se excaven las zonas de almacenes y no la puramente residencial. Es de notar la ausencia de las típicas cerámicas indígenas como la ibérica de bandas rojas, factor que puede ser producto de una cronología bastante baja.

Diseminados, abundan trozos de ladrillos rayados de unos cuatro centímetros de grueso, y finas estrías en bandas paralelas²¹.

Asimismo aparecen en superficie trozos de vidrio verde-azulado,

16. Probablemente siglos I-II d. C. (Vide F. Oswald, *Terra Sigillata*, London 1966, lámina XXX, tipo 74 —invertido—, pp. 144 y 148.)

17. Barniz brillante rojo intenso, casi anaranjado, mala factura. Perdura hasta el siglo III d. de C. (Vide Mezquiriz, *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia 1961, vol. I, p. 130; volumen II, láms. 104 y sg., figs. 1869 y 1950.)

18. Mezquiriz, *op. cit.*, lám. 13, núm. 7, Palencia, fines del siglo I, y lám. 14, núm. 16, Almedinilla, siglos I al IV. Oswald, *op. cit.*, p. 171, lám. XL, núm. 10, época Claudia, y página 186, lám. XLIX, núm. 14, época Nerón-Vespasiano.

19. Quizá Secyndvs, alfarero de la Graufesenque, que en época de Nerón-Vespasiano crea abundantes motivos circulares.

20. Estas dos circunferencias concéntricas con cuatro puntos intermedios tiene curiosas coincidencias en ciertos símbolos astronómicos. (Vide Fr. Salviat, *Symbolisme Astral et Divine* —A propos d'une stèle de Thasos—, Revue Archéologique, París, 1966, fas. I, pp. 33 a 44, figura 6.)

21. En Sádaba los hay bastante parecidos. El mausoleo es fechado en el IV, pero como su exacta sincronía con la villa es dudosa, y de ésta sólo hay excavada una pequeña parte, su referencia es de relativa eficacia tan solo. (Cf. A. García y Bellido, «La villa y el mausoleo romanos de Sádaba», *Excav. Arq. en España* 19 (1963), p. 11 y fig. 3 f.)

LA VILLA ROMANA DE «EL SANTISCAL» (CADIZ)

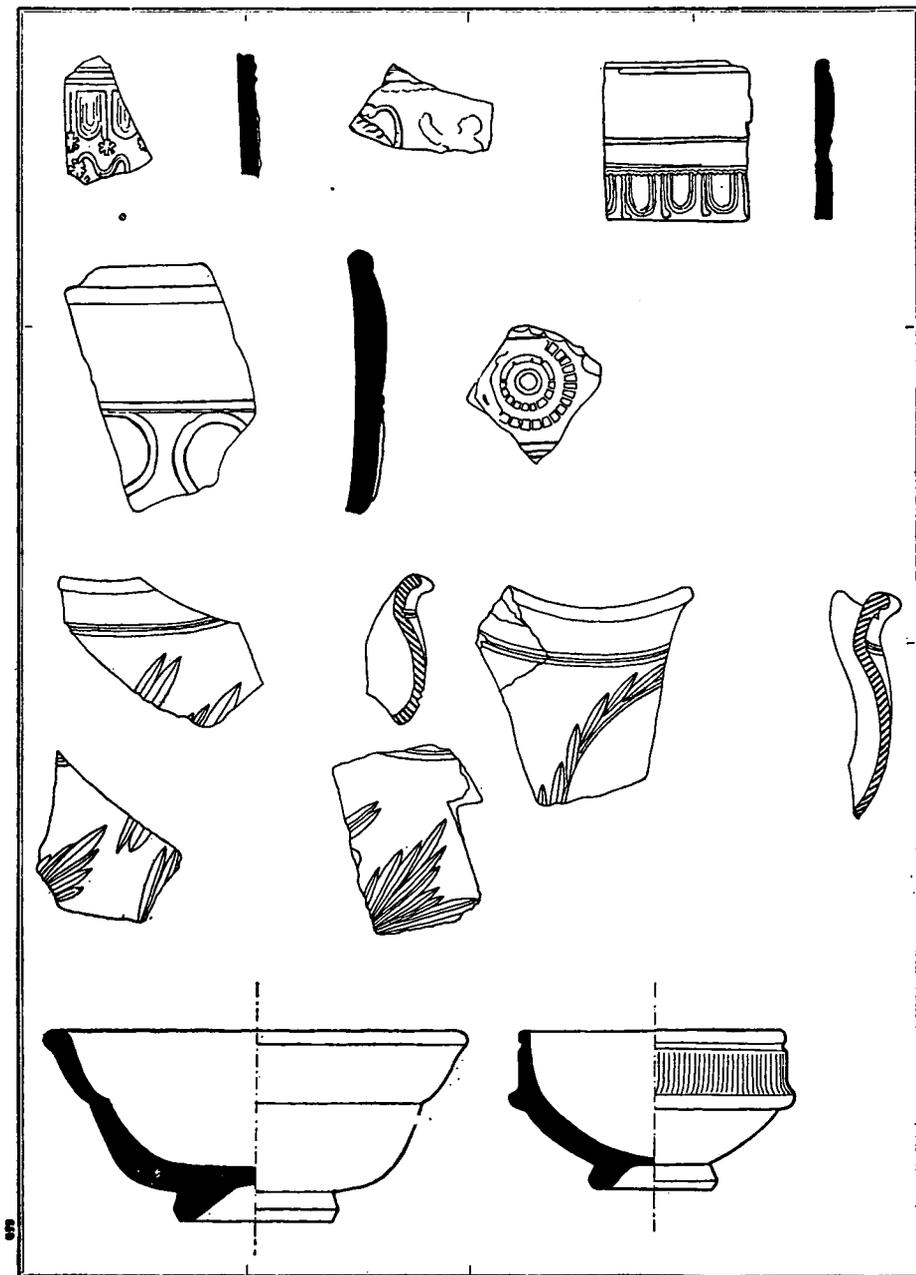


Fig. 5.—Muestras cerámicas recogidas en superficie.



Fig. 6.—Fragmento del «discus» de una lucerna.

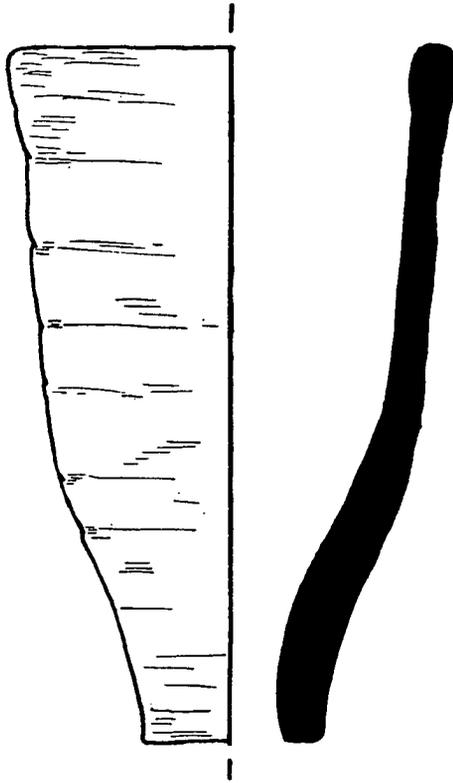


Fig. 7.—Posible macetilla de trasplante.

con las características irisaciones blanquecinas por la descomposición de las sales edáficas, pertenecientes a un cuenco o tazón con molduras sobresalientes y perpendiculares al borde (figura 8).

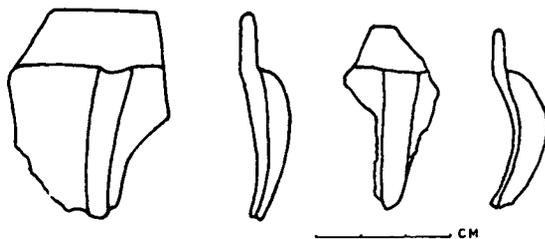


Fig. 8.—Fragmentos de un cuenco de vidrio.

También un fragmento enmohecido de llave en codo con los dientes completos, y dos monedas, un pequeño bronce de Constantino y otro de Adriano con su efigie vuelta hacia la derecha y la leyenda ilegible en el anverso, y una mujer de pie ante un altar o media columna (Fortuna?) con las siglas del senado consulto en el reverso.

El 23 de julio de 1890 descubrió el presbítero don Victorio Molina, a unos doscientos metros del peristilo, rodeada de otras tumbas, una sepultura formada por grandes ladrillos (probablemente «bessalis» procedentes de la inmediata villa), cuyo fondo era un monolito con una calavera «toscamente grabada», y cubierta en parte por una losa caliza ($55 \times 93 \times 32$) con la siguiente inscripción:

BVLGARICVS FAMVLVS
DI VIXITANOS PLVS
MINVS LX RECESIT IN
PACE D OCTABO KLND
AS IVNIAS ERA DC

Bulgarico siervo (o sacerdote) de Dios vivió sesenta años más o menos murió en paz el día octavo de las calendas de junio de la era de seiscientos (25 de mayo de 562).

El lugar y la fecha son significativos, pues coinciden con la lucha de Atanagildo oponiéndose a la política expansionista de Justiniano, y más aún teniendo en cuenta la proximidad de una ciudad particularmente importante en aquellos años como Medina Si-

donia. Se ha especulado con la idea de que arranque de esta época la denominación de Santiscal²².

Estos hallazgos plantean el problema de la continuidad de habitación en el yacimiento, continuidad por ahora imposible de demostrar, pues los restos parecen hablarnos con cierta seguridad del siglo III e incluso del IV, así como del VI, pero no aparece nada claro la conexión entre ambos. En cualquier caso el régimen de vida habría cambiado radicalmente. Es posible que entre ambas ocupaciones hubiera un período yermo (alrededor del siglo V) provocado por algunas de las periódicas convulsiones e invasiones del Bajo Imperio. De todas formas parece evidente que el esplendor y refinamiento que esta casa disfrutó aproximadamente en las postimerías del siglo III nunca volvió a recuperarlos.

CONCLUSIONES

Se trata, pues, de una rica villa campestre de recreo, situada en la mitad sur de la Provincia Bética y perteneciente al Convento Jurídico de Gades, y asentada en una ciudad de toponimia aún imprecisa. Todos los restos hasta ahora descubiertos pertenecen al núcleo residencial del propietario, pero lo más lógico es que en los declives inmediatos a la villa yazgan enterrados los vestigios de la zona servil, y de la probable explotación agropecuaria que le acompañara. Es posible también la existencia de una ermita de época visigótica. Dentro de los imprecisos límites que las evidencias cronológicas nos muestran, cabe circunscribir el período de apogeo de esta residencia a los siglos III y IV, con un epígono más o menos conexo en el VI.

22. Vide F. Fita, *B.R.A.H.*, vol. XXIII, 1893, pp. 275 y XXIV. «El Guadalete», Jerez de la Frontera, II-526, 22 de octubre de 1893. V. Molina, «Nuevas inscripciones», en *El Arco-bricense*, 38, 23 de agosto de 1891. José y Jesús de las Cuevas, *Arcos de la Frontera*, Cádiz 1968, p. 28, nn. 234 y sgs.